

carecían. Tiene unción, verdad y rasgos patéticos; sus medios están bien concebidos y superiormente desenvueltos; sus miras son justas y grandes, y sus espresiones felices; habla al corazón, á la inteligencia y á la razón; en una palabra, se nos muestra casi como un perfecto orador.

La decadencia del púlpito se hizo siempre menos notable entre los oradores sagrados de los campos y las aldeas. A la altura á que hemos llegado en nuestras investigaciones históricas, el culteranismo dominaba de nuevo casi todos los púlpitos; las sutilezas, las antítesis, las metáforas, retruécanos y paradojas, fueron introduciéndose entre los predicadores, y llegaron á ser tan del gusto del público, que se tenía por mejor orador al que con más empeño hacía de ellas constante y vanidoso alarde.

Salváronse de este nuevo contagio que marca el fin del período que nos ocupa algunos misioneros, entre los cuales podemos enumerar en primer término á Domingo Mendoza, Julian Garces, Obispo de Tlascala, Vicente Valverde, Gerónimo Loaysa, Bernardo Alburquerque, Luis Beltran, Agustín de Avila, Bartolomé Ledesma, Tomás de Torres, Obispo de la Asuncion y Arzobispo de Sante Fé, Francisco de la Cruz, el P. Pedro Pablo, natural de Aix, con otros que mas ó menos hallamos citados en crónicas y libros de cuya autoridad no podemos dudar.

La Francia, que tiene el privilegio, como hemos dicho, de reclamar en este período casi por completo nuestra atención, nos ofrece tambien un gran número de varones apostólicos acreedores al respetuoso homenaje de la posteridad, siendo entre ellos el mas insigne *Bridaine*, de quien no podemos me-

nos de ocuparnos en este momento á fin de dar á conocer en él á otros muchos cuyos nombres nos vemos precisados á omitir en obsequio de la brevedad.

BRIDAINE. Natural, espontáneo, oportuno, dotado de una voz penetrante que se hacia oír de ocho á diez mil personas al aire libre; fervoroso sin exageracion, conocedor de los grandes resortes del corazón humano; aficionado al apólogo, á la metáfora y á las ideas repentinas, nuevas y palpables; *Bridaine* lograba siempre distraer piadosamente al auditorio, concluyendo por ser dueño de cuantos le escuchaban. El acento de la indulgencia mezclado con los gritos penetrantes de una dolciosa indignacion; todos los caracteres de una imaginacion rica; bellezas originales y desconocidas que las reglas de los retóricos no adivinarán jamás; rasgos arrebatadores y trozos enteros dispuestos con gran esmero para producir seguro efecto; he aqui algo de lo que distinguia á *Bridaine* y contribuyó poderosamente á cimentar su reputacion y gran nombradía.

Conocemos el exordio del primer sermón que predicó el año 1751 en la iglesia de San Sulpicio de Paris; nada nos parece mas oportuno entre los trabajos del orador que nos ocupa.

La atronadora voz de *Bridaine* daba en ciertas ocasiones nueva energía á su elocuencia; y el auditorio, oprimido con la impetuosidad de su accion y con el poder de sus figuras, quedaba materialmente consternado. El profundo silencio que reinaba en el concurso, especialmente cuando, segun su costumbre, predicaba á la caída de la tarde, solo se interrumpia por tristes suspiros, que anunciaban el dolor de los circuns-

tantes; y estos acentos, espresion mas ó menos fiel de un dolor sofocado y sordo, se convertian mas tarde, en medio de las agitaciones, de los remordimientos que su secreta y profunda accion sobre las conciencias hacia estallar, en repentinos y redoblados clamores con que cada cual golpeaba entonces su pecho.

Bridaine hallaba en su mismo celo el maravilloso arte de adquirirse, mantener y reanimar la atencion de la muchedumbre por todo el tiempo de sus mas largas peroraciones. Sabia variar continuamente el tono y el colorido, para fijar mejor el interés de su auditorio. Después de los períodos mas patéticos y mas vehementes, tomaba de pronto un aire tranquilo: cambiaba de voz y de camino para llegar á su objeto; y esta aparente suspension era un nuevo resorte oratorio para conseguir mas fácilmente el objeto de su discurso.

De tal manera se nos ofrece Bridaine, y en ese retrato que Mr. Marmontel ha retocado despues, vemos al misionero apostólico, de que los españoles tenemos innumerables ejemplos vivos que poder seguir é imitar.

He aquí cómo se espresa dicho autor hablando de Bridaine. Rindamos, dice, un tributo de admiracion á la naturaleza sencilla, y sin otros atractivos que los que de suyo produce un suelo rico y feraz. En nuestros jardines el arbusto necesita cultivo; pero el roble silvestre florece en medio de los bosques. El genio elocuente lo será siempre sin atavíos. Así lo he visto, y este ejemplo me admiró en mi juventud; lo tengo aun presente y lo tendré toda mi vida. El mismo Massillon fué testigo de ese orador á quien aludo, y estaba lejos de igualarle. No era su estilo ingenioso y tierno, ni su lenguaje depurado, ni su acento dulce y melodioso para dirigirse á

los poderosos de la tierra: era un orador santamente popular, que satisfecho con persuadir, descuidaba el arte de agradar. Desdeñaba las flores de una vana elegancia; no empleaba sino gritos, sollozos y continuos llantos; pero grandes rayos de fuego, arrojados á la casualidad, animaban sus palabras con estremado calor. Era el alma de un padre amoroso y de un juez inflexible á la vez. El débil, el triste, el indigente creian ver en él al ángel consolador, dispuesto á cubrir con sus alas su dolor. Mas si declaraba la guerra al hombre soberbio, al injusto opresor, al desapiadado rico, ó al cruel usurpador, una voz robusta, irresistible, llevaba el temor á esas almas de hierro. Todo temblaba bajo sus manos; consternábase el malvado y veíase rodeado de un tenebroso abismo. Subyugaba los hábitos, dominaba la naturaleza y hacia experimentar á todos el horrible suplicio del mayor remordimiento. En su presencia, el orgullo se sentia humilde, el hurto caía de las manos mancilladas, el placer rompía sus mas dulces cadenas; enemigos y rivales se perdonaban como hermanos; resultando un nuevo pueblo, que lleno de júbilo bendecia al orador que lo habia trasformado.

No puede decirse mas ni mejor dicho en obsequio de Bridaine.

Antes de terminar este capítulo viene á nuestra memoria un género de oratoria, del cual no nos hemos ocupado, y en el que se han distinguido casi todos los ilustres Prelados de la Iglesia desde los primeros tiempos. Nos referimos á las *Cartas pastorales*, ancho campo para la enseñanza del dogma y la moral cristiana, y en el cual la superioridad del que escribe contribuye á imprimir á este género de elocuencia un ca-

rácter especialísimo que le separa y diferencia de los demás.

Hemos dicho que casi todos los Prelados se han señalado en este género de trabajos oratorios, y la historia misma que hemos escrito confirma esta verdad. *Las Cartas pastorales*, por su sencillez y naturalidad, han influido en todas épocas en la elocuencia sagrada de una manera favorabilísima, conservando la noble energía de la verdad.

Los Príncipes de la Iglesia, maestros de la doctrina, lo han sido de la palabra por medio de sus *Cartas pastorales*. La edad, los achaques y las ocupaciones constantes que lleva consigo el augusto ministerio de que están investidos, les impiden muchas veces subir al púlpito, casi siempre lo verifican sin mas preparacion que su saber y su esperiencia, y de aquí que las *Cartas* sean comunmente el medio de que los Obispos se valen para dirigirse con mayor estension al clero y pueblo de su diócesis: una coleccion de estos trabajos apostólicos seria un manantial inagotable de doctrina y de enseñanza universal.

Todos los países nos ofrecen en este género de elocuencia grandes modelos; España y Francia, por confesion de autores diversos, sobresalen en primer término.

Citar en este momento nombres propios seria enojoso é innecesario. Con decir que los Pontífices mas ilustres, los Prelados mas sábios y mas elocuentes han escrito *Cartas*; con decir que los acontecimientos mas memorables han sido objeto de esas magníficas exhortaciones de los Príncipes de la Iglesia, es bastante para apreciar la importancia y trascendencia de ese género de oratoria, cuya historia seria muy difícil separar del gran cuadro que comprende las vicisitudes de la elocuencia cristiana en general.

Los hombres con dificultad saben contenerse en el medio acertado en que consiste la perfeccion de las cosas: tras los períodos mas brillantes viene la decadencia, que no es en materias de arte y de ciencia el cansancio, sino el extravío, la perversion del buen gusto, y por lo comun la vanidad y la soberbia del hombre.

El siglo XVI y el siglo XVII nos ofrecen momentos supremos de esplendor y de gloria para el púlpito cristiano. Mientras mayor era el abatimiento del espíritu y la dignidad bien entendida, mayor era la energía de los depositarios de la verdad. Cuando todo ha enmudecido en torno de la tiranía y la opresion, mayor ha sido el fuego, la vehemencia y la energía de los predicadores del Evangelio.

España fué uno de los países donde la elocuencia cristiana decayó mas en el siglo XVIII. El mal gusto llegó entre nosotros á un punto digno de la severa censura, de la terrible sátira del P. Isla.—Barcia, Pina, Peralta, Climent, Bocanegra, Arabaca, Calatayud, Maurin, Gallo (1), Rada y otros no fueron bastante á contener la corriente impetuosa de la afectacion, el amaneramiento y la falta de esa severa dignidad que caracterizó siempre y caracteriza hoy á nuestros oradores sagrados. El abandono de los estudios eclesiásticos contribuyó

(1) El P. D. Nicolás Gallo, presbítero de la congregacion del Salvador de Madrid. Sus sermones doctrinales panegíricos y oraciones fúnebres se publicaron en varios tomos en el año 1776. Dedicado primeramente á la jurisprudencia, y mas tarde al Sacerdocio, se hizo notar en la predicacion por su locucion fácil y metódica, su imaginacion viva, su comprension vasta, su fecundidad y elocuencia y por su grande instruccion en materias eclesiásticas, tanto, que llegó á ser uno de los mas eminentes varones en tiempo de Felipe V y de Fernando VI.

en primer término á esa lamentable situacion que en nuestra calidad de historiadores no podíamos, ni debíamos desfigurar.

Dominadas las universidades por la filosofía aristotélica llegó á resentirse hasta el estudio de la teología. Inocencio XIII trató de esta materia, el Obispo Bocanegra en su dominica cuarta de Cuaresma censuró tanto abandono, y otros escritores procuraron impedirlo. El mal subsistió no obstante por largo tiempo, ofreciéndonos escasos monumentos que elogiar durante él.

Los últimos años de la dinastía Austriaca y los primeros de la Borbónica nos presentan un cuadro tristísimo que á nada conduciría examinar minuciosamente, como no fuese para huir de los escollos en que cayeron los oradores de esta última mitad de la época que nos ocupa. D. Gregorio Mayans y Siscar (1) espone admirablemente los defectos mas comunes y los medios de corregirlos: Climent mandó traducir la Retórica eclesiástica del P. Granada, y en el prólogo de la traducción se estiende en censurar los errores de aquella época, errores que combatiremos enérgicamente en la parte didáctica de esta obra. El P. Isla llevó al ridículo en su Gerundio de Campazas el amaneramiento y el mal gusto de los predicadores, pero todo fué inútil hasta una época mas próxima, y de la cual nos ocuparemos oportunamente.

De propósito hemos omitido el tratar de la elocuencia sagrada en los países protestantes en Alemania, donde no aparece hasta despues de la paz de Westfalia (2), y en Inglaterra hasta los reinados de Carlos II y de Jacobo II, en cuya época no se habia perfeccionado aun el idioma inglés, la literatura

(1) *Orador Cristiano.*

(2) Capmami.

tenia notables defectos y la oratoria sagrada era mas bien didáctica que teológica, escolástica casuística, llena de erudicion, molesta y recargada de subdivisiones. Posteriormente se perfeccionó y nos presenta algunos oradores célebres, si bien, como dice el Obispo Burnet, los predicadores ingleses se formaron y confundieron entre los maestros de la escuela francesa (1).

Entre ellos debemos citar al Dr. Clarke, juicioso y sólido razonador, oportuno en la aplicacion de los textos sagrados, de estilo puro, correcto, convincente, instructivo, y á veces hasta elegante, pero por lo comun frio, falto de interés y de elocuencia. El Dr. Barrose es fecundo, de fácil comprension y superior ingenio, pero carece de animacion, si bien de recta moral y notable facundia. Tambien debemos citar al Obispo Burnet, al Dr. Leed y al Obispo Sherlock, y mas aun al popular South por la novedad de sus ideas, naturalidad en el estilo, que á veces degenera en trivial y semi-vulgar. Tambien fueron notables el Obispo Alterbury, uno de los mas elocuentes predicadores ingleses, alguna vez apasionado, pero siempre correcto y bello, y el célebre Tillotson, modelo de bien decir en aquel país, orador perfecto, de estilo claro, fácil, forma sencilla, natural, pura y hasta elegante, si bien algunas veces débil y defectuoso, lo cual no le hace desmerecer y le coloca en primer término, segun Hugo Blair (2). En nuestra opinion no puede compararse con el mas débil de los oradores franceses católicos que hemos elogiado.

La oratoria sagrada no pudo en realidad desarrollarse en

(1) En sus *Memorias.*

(2) *Lecciones sobre la Retórica.*

Inglaterra, ni en los demás países del Norte, como tampoco en los pueblos que abrazaron la reforma. Faltos de animacion y lógicos en extremo, no se apasionan por los rasgos elocuentes, ni dan tampoco lugar al sentimiento. Por otra parte, la reforma aceptada por aquellos Estados destruyó la elocuencia sagrada como todos los demás actos esternos del culto católico, tan hermoso, tan brillante, tan bello. El hombre, abatido por la predestinacion que Calvino defendiera, carece de aquel amor, de aquel sentimiento, de aquella voluntad fervorosa y ardiente que tan maravillosos efectos produce en la oratoria entre los católicos. Los protestantes consideran al hombre como una inteligencia pura, sin imaginacion y sin pasiones: por eso, mas que predicar la moral, la imponen en áridos sermones doctrinales, y carecen de dos géneros tan notables como el panegírico y la oracion fúnebre: sus sermones son fríos y pesados razonamientos faltos de vida, á los que contribuye no poco la costumbre de leer los discursos que se observa en la Gran Bretaña.

Por último, en Alemania, por las mismas causas que en Inglaterra, no floreció la elocuencia sagrada: la lengua alemana y su literatura no estaba perfeccionada aun en el siglo de Federico el Grande (siglo XVIII), así lo confiesa Bielteld. Los oradores protestantes solo pueden presentar á Moshein, que reuniendo á la sencillez del culto protestante el calor del católico, pertenece por completo á la escuela francesa, que tanto brillaba entonces.

Sin embargo, un escritor de aquel país, Jerusalem, en su obra titulada *Lett sur la litt allem*, en el siglo pasado, sostiene que la Iglesia protestante alemana puede presentar oradores capaces de competir con los franceses, y aun contarse entre ellos Bourdaloues y Massillones, si lo permitiese el espíritu

de su culto, añadiendo que en Berlin florecian oradores de primer orden, presentando como uno de ellos á Moshein; pero la opinion de este escritor queda desvirtuada con lo que acerca de la lengua y literatura alemana nos dice el mismo Federico en otra de sus obras, y aun con las palabras mismas de Jerusalem, que dice que la oratoria sagrada de los protestantes era sencilla y clara, no vehemente ni florida.

No obstante, los católicos oyen con gusto al P. Carlos Crocifero, á Rositzka, á Steininger y algun otro; y los protestantes aplauden á Gramer en Copenhague, á Thieden en Schweidnitz, á Lavater y á otros en otros puntos; singularmente Jerusalem, predicador en Brunswick, es alabado por los protestantes y por los católicos como el orador mas elocuente que en su género ha tenido la Alemania.

En el siglo XVIII la Italia nos ofrece algunos nombres ilustres: Giacco, Cassini, Vanalesti, Suniscalchi, Magliavaeca, Manfredi, Bassani, Rossi, Fornielli y Granelli, en especial estos últimos, presentan uncion clara y elegante, buenos pensamientos y oportuna erudicion, siendo mas dignos de alabanza por haber evitado defectos, que por tener carácter de verdaderos oradores; siendo mas dignos de mencion por las faltas de otros que por sus propios méritos, pues si bien hay pureza y correccion de estilo y razonamiento grave, carecen de afecto, de persuasion y de secreto de conmovier en sus escritos.

Hay, no obstante, entre estos nombres, algunos dignos de especial alabanza: estos son Trento, Vessini, y sobre todo Segñeri: este tiene mucha doctrina, diccion fuerte y espresiva, conocimiento de la Escritura y Santos Padres, erudicion sagrada y profana muy oportunamente empleada, estilo enérgico y vivo, y aun con frecuencia noble y elegante, reuniendo dotes natu-

rales á los auxilios del arte, hasta el punto de poder numerarse como el regenerador de la oratoria sagrada en Italia; pero eran tantos los defectos que esta entonces tenia, que á pesar de sus buenas prendas, Segñeri no acertó siempre á evitarlos: algunas veces se pierde en vanos conceptos y en juegos de bocablos, abuso muy generalizado entonces: es tambien inoportuno en las citas, otras veces debilita la energía del discurso con la multitud de textos, perjudicándole su copiosa erudicion, especialmente empleando con demasiada frecuencia el uso de las fábulas mitológicas, que no deben usarse en la cátedra de la verdad. De seguro se hubiera granjeado un nombre universal si á su doctrina y facundia hubiera acompañado un buen gusto y un ilustrado juicio; mas á pesar de su falta, sus sermones, traducidos á diferentes idiomas, entre ellos al español, demuestran la influencia legítima que ejerció en el desarrollo y perfeccion de la elocuencia sagrada, pudiendo decirse maestro entre los suyos, por la fecundidad de ingenio, originalidad de pensamientos y riqueza de locucion.

HISTORIA

DE LA

ELOCUENCIA CRISTIANA.

LIBRO CUARTO.

ÉPOCA CUARTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Consideraciones generales.—Predicadores anteriores á la revolucion: Boulogne.—Frayssinous.—Maccarthy.—Guyon.

Los acontecimientos que tuvieron lugar á fines del pasado siglo, los que han sobrevenido despues, han ejercido y están llamados á ejercer una notable influencia en la oratoria del púlpito.

Al llegar en estas investigaciones históricas á la época moderna, nuestra tarea debe limitarse á muy estrechos límites, evitando calificar ciertos hechos, cuyas consecuencias aun no es fácil preveer ni calcular.

Quando nos dirigimos al clero anunciando la publicacion de este libro, deciamos que la elocuencia cristiana atravesaba un período de renovacion, especialmente en nuestra pátria, y esta es una verdad.